CUADERNOS historia 16

La conquista de Perú

M. Ballesteros, C. Bravo y Lorenzo E. López



52

125 ptas

CUADERNOS historia 16

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-017-1, tomo VI
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Francisco Pizarro

Indice

LA CONQUISTA DEL PERU



Detalle de las terrazas de cultivo en Macchu Picchu (arriba). *Iglesia colonial construida en Cuzco sobre los cimientos del Coricancha* (página derecha)

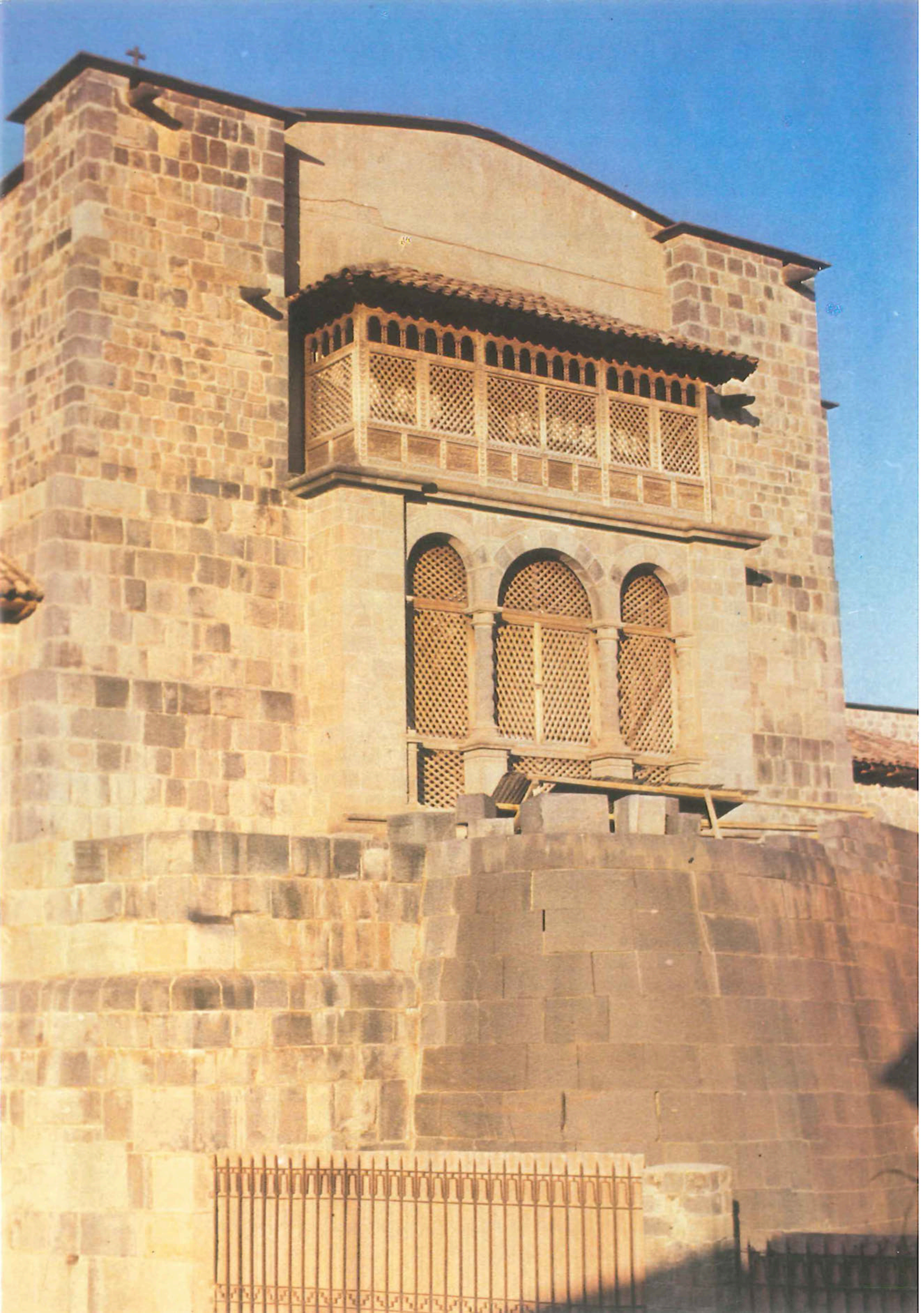
La conquista de Perú

El épico proceso que supuso la conquista del Imperio inca, del Tahuantinsuyu, constituye una de las páginas más complejas y arquetípicas de la actuación de los españoles sobre el continente recién descubierto. En la aventura de Pizarro y Almagro aparecen todos los rasgos característicos de este período expansivo, que todavía hoy sorprende y maravilla debido a la envergadura de la empresa y a la debilidad y limitación de los medios en ella empleados.

En el Perú que recibe en su territorio a los conquistadores se dará una serie de condicionantes que facilitarán la labor de sus decididos adversarios. De igual forma había sucedido en el México que había conquistado Cortés pocos años antes. Incas y aztecas se mantenían sobre la sumisión de otras poblaciones, las que ven en la llegada de los españoles la oportunidad de sacudirse esta dominación. Junto a esto, aparecen en Perú personalidades y situaciones muy propias de la aventura americana.

En efecto, entre los conquistadores se producen reyertas y hasta mortales enfrentamientos, además de intrigas y falsas jugadas. Por otra parte, la ejecución de Atahuallpa pone de manifiesto el verdadero carácter de aquellos hombres sedientos de riquezas, de poder y de gloria. Una serie de rasgos que habrían de ser puestos de manifiesto de forma muy expresiva por la *Leyenda Negra,* que tenía en ellos suficiente material para elaborar toda una teoría de la conquista de América.

Los trabajos que integran este Cuaderno consideran todos los aspectos de este proceso. Por una parte, Manuel Ballesteros estudia los hechos materiales de la conquista. En segundo lugar, Concepción Bravo se dedica a exponer la situación interna del Imperio inca al advenimiento de los mismos. En tercer lugar, Lorenzo López esboza los resultados de la conquista en el plano social, que se vio profundamente modificado como consecuencia de ella. Tres visiones complementarias entre sí, que alumbran de forma muy adecuada este trascendental momento.



Los castellanos se adueñan del Imperio inca

Por Manuel Ballesteros Gaibrois
Catedrático de Historia de América. Universidad Complutense de Madrid

EL viernes 15 de noviembre de 1532, una pequeña tropa de castellanos seguida de indígenas porteadores se adentraban en las construcciones pétreas de un centro urbano: Cajamarca.

Aunque ya era primavera, el día estaba oscurecido por nubes tormentosas y caía un *granizo muy grande,* como cuenta Pedro Pizarro. Una larga calle de muros de piedra conducía a una plaza triangular con una edificación grande al fondo.

La ciudad estaba desierta, salvo unas cuantas mujeres llorosas porque era, rara coincidencia, el mes en que se sacaba a los difuntos de sus tumbas y se los festejaba.

Este 15 de noviembre señala un hito en la historia: los hechos decisivos de la conquista suceden inmediatamente después, pero la suerte ya está echada cuando Francisco Pizarro distribuye a sus gentes en las casas de la plaza en inquietante espera de acontecimientos.

Hay un *antes* y un *después* de este día. El *antes* explica cómo llegaron los castellanos a la cordillera tras penosa navegación; el *después* alude a las campañas que liquidan un poderoso imperio.

Desde 1492, los navegantes españoles se esforzaban en conocer la geografía de las nuevas tierras. De este entresijo de exploraciones destacan la llegada (1513) de Vasco Núñez de Balboa a un nuevo océano, el Pacífico, atravesando Tierra Firme y el paso del océano Atlántico al mar del Sur, hallado por Fernando de Magallanes y llamado océano Pacífico (1920).

Estos dos polos marcan la larga extensión territorial suramericana, mas no su anchura. Realizaría esto un personaje contradictorio, el segoviano Pedro Arias de Avila, más conocido por Pedrarias.

El rey Fernando, de muy efectiva intervención en América, inicia una nueva etapa en la penetración continental. Después del descubrimiento de Vasco Núñez, decide enviar a un gobernador con plenos poderes, el ya viejo Pedrarias, de setenta y cuatro años (1514).

Pedrarias, tras anular a Alvar Núñez, comprende que todo está hecho en las costas del Caribe y se traslada (1517) a una nueva ciudad: Panamá. Así los castellanos se sitúan en la vía por la que accederán al Perú.

Idea de un imperio

Los habitantes del istmo hablaban continuamente de la riqueza de sus vecinos con la intención de alejar a los castellanos, ávidos de oro, de sus tierras. Pero al ser ciertas muchas de estas informaciones, Vasco Núñez decidió aprestar naves para explorar la costa suroriental.

Navegantes como Garavito y Morales habían explorado la costa hasta los 7.º 30' norte y tomado contacto con el cacique Birú o Biruquete. Mas los intentos se abandonaron hasta 1522 en que Pascual de Andagoya reinicia las exploraciones.

Andagoya sale para Birú y llega a Chochama, donde le hablan de un pueblo poderoso, rico y de alta cultura material. Víctima de desgraciada caída y larga mojadura enferma y a su regreso cuenta lo referente al imperio del sur.

El hombre de esta empresa será Francisco Pizarro, ya *baquiano* de las tierras tropicales y poseedor de una buena ejecutoria en Indias, al que la leyenda ha adulterado su memoria.

Hoy sabemos, por una información emprendida por orden del rey Carlos, que su familia era de *hidalgos y escuderos pobres, con blasones y cargos en el Ayuntamiento y hazañas en la guerra de Granada.* O, como dice Porras Barrenechea, su mejor biógrafo, *gentes humildes, labradores de los arrabales de Trujillo, hombres buenos y cristianos viejos.*

Su padre, el capitán Gonzalo Pizarro, le lleva, de muchacho, a casa de su abuelo, el regidor de Trujillo, don Hernando Alonso Pizarro. De aquí saldrá, *incorporado a un equipo soldadesco de parientes y amigos* a combatir a Italia.

Este *hidalgo bastardo,* como le llama Porras, no es clandestino ni expósito. Convive con la familia y después de la guerra de Italia —experiencia que explica sus dotes militares en Indias— pasa a las islas de Barlovento en el último viaje de Colón, donde se halló en todas las ocasiones que se ofrecieron.

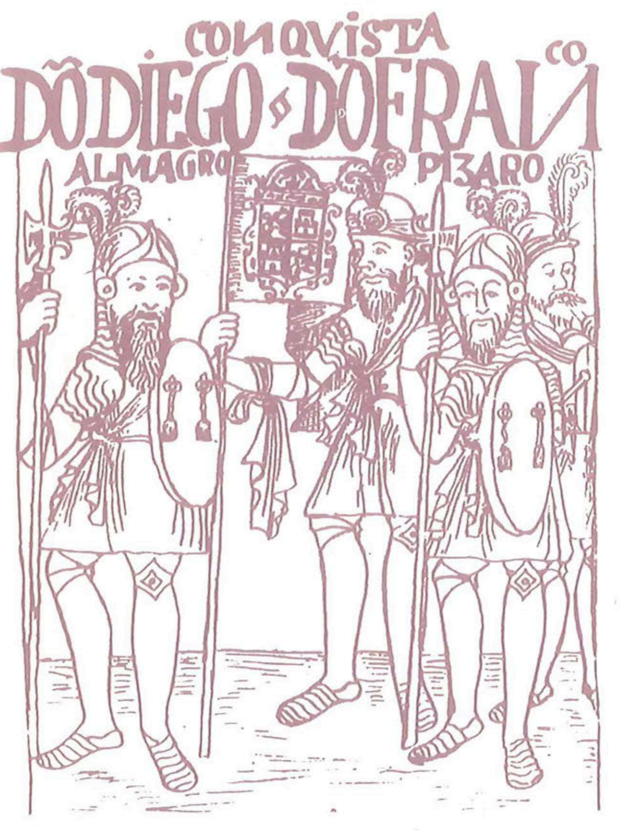
Esto era en 1502. En 1524 llevaba, pues, más de veinte años de experiencia.

Primer viaje

Cuando Pedrarias piensa en exploraciones, la llegada de Juan de Basurto con caballos desde Santo Domingo le permite enviar gentes hacia Levante (suroeste). Pero Basurto muere.

Entonces Francisco Pizarro, asociado con un colonizador oscuro, Almagro, del que nada se sabía, y financiado por el rico maestrescuela de la Antigua del Darién, Hernando Luque, se ofrece a Pedrarias, quien ve que es buena ocasión de organizar la empresa sin arriesgar dinero.

En 1525, Pedrarias escribía al rey: *Tengo enviada una armada a Levante.* Añadía que había



Diego Almagro y Francisco Pizarro (grabado de Poma de Ayala, arriba). *Fernando el Católico (grabado de una edición de las* Cartas *de Colón, 1493,* abajo).

esperanza de obtener riquezas, verdad a medias, pues la *armada* era de socios particulares.

Pizarro y Almagro, un año antes, han empeñado sus dineros en poner a flote los barcos que preparara Balboa y han convenido con Pedrarias que un tercio de los beneficios será para el gobernador.

Diez meses se tarda en poner a flote dos barcos y un pequeño bergantín. Se decide que la expedición tendrá dos etapas, una con Pizarro y otra de ayuda y abastecimiento con Almagro.

Para la partida, Hernán Luque dice misa y divide la forma en tres para los socios. Se sale el 14 de noviembre de 1524.

La ruta inicial es a Chochama hasta el Puerto de las Piñas y el río Biru. Por las grandes lluvias tropicales sufren padecimientos sin fin y se les pudren las vestiduras, con nubes de mosquitos y mala alimentación.

Ya en el Puerto del Hambre, ésta es tanta que cada hombre sólo tomaba dos mazorcas al día. Montenegro regresa a las islas de las Perlas en busca de comida y la trae a los cuarenta y siete días, cuando ya han muerto de inanición veinte hombres.

La comida abundante les anima a seguir. Arriban a Puerto Quemado el 14 de abril de 1525, donde, en duros combates, hay 17 muertos. Por fin Pizarro decide regresar, pero no a Panamá, sino a Chochama. Y de aquí, envía a Nicolás de Rivera a Pedrarias, que le recibe indignado, aunque acaba mandando ayuda.

Almagro ha cumplido órdenes y se reúne con Pizarro en Chochama. Ha perdido un ojo en un encuentro con los indios. Ambos vuelven a Panamá con precaución, por si Pedrarias les prohíbe continuar, ya que han perecido 130 hombres en la aventura.

Cuando llegan, Pedrarias no está y, al parecer, ha dejado la gobernación. Los socios entonces organizan una nueva salida.

Es ya 1526 y la gobernación está vacante. Las muestras de oro traídas, el entusiasmo de los socios y una inyección de 20.000 pesos de oro permiten conseguir dos barcos y tres canoas con 160 hombres, con los que se sale rumbo a Levante en el mes de agosto.

Nuevamente las dificultades costeras, las lluvias y la hostilidad de los indios. Pero en un golpe de suerte en Río San Juan consiguen 15.000 pesos de oro bajo. Todos están muy cansados y Pizarro decide quedarse a reponer fuerzas.

La expedición se divide en dos. Un barco va al sur de exploración con Bartolomé Ruiz. Alma-

gro, con el otro, torna a Panamá en busca de ayuda.

Ruiz explora las islas del Gallo y La Gorgona. Llega al Cabo San Francisco (0°30'N, Coaque) y encuentra una balsa incaica con telas y manufacturas que dan idea de la riqueza de aquellas gentes. Visita Cabo Pasado (0°28'N) y regresa a Río San Juan.

La exploración había durado setenta días. Traía varios indígenas (Martinillo, Felipillo y Francisquillo) para que aprendieran el castellano y sirvieran de intérpretes.

Almagro, a su vez, halla en Panamá a Pedro de los Ríos, nuevo gobernador, del que consigue apoyo y 40 hombres con los que parte a Río San Juan.

Ya todos juntos prosiguen hasta Catamez, donde todo era riqueza, campos cultivados y muestra de buen orden.

Los indios atacan y los castellanos comprenden que necesitan más gente. No sin discusión, se decide que vuelva Almagro a Panamá, mientras Pizarro espera con 80 hombres en la isla del Gallo.

Almagro lleva muestras de la riqueza del país. Pero oculto en un ovillo de algodón, un informe negativo con una coplilla venenosa: *Pues señor gobernador/Mírelo bien por entero/Que allá va el recogedor/Y acá queda el carnicero.*

Pedro de los Ríos embarga el navío de Almagro y ordena a su criado, el cordobés Pedro Tafur, que vaya a recoger los de Pizarro. La llegada de Ruiz (agosto de 1527) con una carta no hace ceder al gobernador.



Tafur se dirige a la isla. Ignora ser portador de una carta de Luque y Almagro a Pizarro, en la que le instan a no desistir, *aunque hubiera de reventar.*

Pizarro se niega a obedecer y cuando Tafur le prohíbe seguir en el barco que ha traído, traza con la espada una raya en el suelo —coinciden todos los cronistas— e invita a pasar a su lado a quienes quieran quedarse con él.

Pasarán 13, los legendarios *trece de la fama,* y Ruiz partirá con Tafur para convencer al gobernador. La decisión de los Trece de la Fama determina el descubrimiento del Perú. Estarán en las islas del Gallo y de la Gorgona alimentándose prácticamente de sabandijas durante cinco meses hasta marzo de 1528 en que viene Ruiz con un barco y un precario permiso de seis meses, concedido por Pedro de los Ríos, que Pizarro aprovechará al límite.

Todo sucede rápidamente. Se llega a Tumbez, donde queda el soldado Molina, que acompaña a tierra a un *orejón (*),* al que regala un gallo y varios cerdos. Gandía, el griego, desembarca

(*) *Orejones,* fue el término utilizado por los españoles para referirse a los nobles incas que tenían el lóbulo de la oreja extraordinariamente deformado por los grandes adornos que en ellas llevaban.



Hilandera inca (según Poma de Ayala)

Pizarro y Almagro camino de las Indias (grabado de Poma de Ayala)

Funcionario inca (según Poma de Ayala)

Mar Caribe
VERAGUA
Nombre de Dios
CASTILLA DEL ORO
Cartagena
Santa Marta
Lago de Maracaibo
TIERRA FIRME
Panamá
Golfo de Darién
Chochama
Islas de las Perlas
Darién
Is. Coiba
NUEVA ANDALUCIA
Puerto de las Piñas
Birú
Puerto del Hambre
Is. Gorgona
Is. del Gallo
Tacamez
Quito
Mar del Sur
(Océano Pacífico)
COAQUE
QUITO
CORDILLERA DE LOS ANDES
Guayas
Napo
Santa Elena
Is. Puná
Golfo de Guayaquil
Tumbez
Cabo Blanco
San Miguel
Cajas
Amazonas
Paita
Desierto de Sechura
Punta de Aguja
Motupe
Saña
Cajamarca
Chan-Chan
Santa

RUTA DE PIZARRO

Expedición de Pizarro 1524-25
Expedición de Pizarro 1526-27
Expedición de Pizarro 1531-32

también contando maravillas, que repetirá en Panamá.

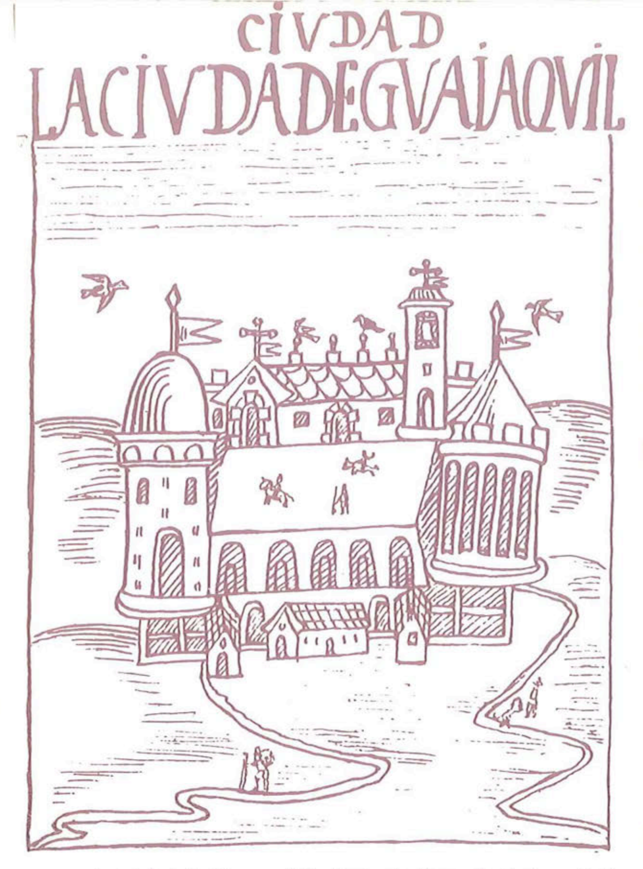
Se exploran los puertos de Paita y Santa y regresan a fines de 1528 con la noticia de haber visto una tierra poderosa, ordenada y rica.

Ida a España y vuelta

El fruto geográfico de la exploración era considerable, pues se habían descubierto 250 leguas de costa. Mucho mayor era el botín de mantas, alpacas, llamas, manufacturas y oro. Sin embargo, Pedro de los Ríos continúa negando el permiso.

En la creencia de que es imposible, *aconseja* que se lo pidan al rey. Los socios deciden hacerlo y aunque Luque quiere que vayan Almagro y Pizarro, éste acaba yendo sin él, en compañía de Gandía, algunos indios, llamas, mantas y 1.000 ducados de oro.

En Sevilla es detenido Pizarro por una denuncia contra los habitantes del Darién. Pero órdenes de la Corte —lo que indica la fama que



La ciudad de Guayaquil (grabado de Poma de Ayala, arriba). *Palacios del inca (según Poma de Ayala,* abajo).

precedía a la llegada de Pizarro— le permiten llegar a Toledo.

Quizá porque Cortés estaba entonces en España, Pizarro consigue una entrevista con el emperador y le convence con la descripción de lo padecido y la importancia de lo descubierto.

Así, en 26 de junio de 1529, se firman las Capitulaciones, por las que se nombra a Pizarro gobernador de la tierra; a Almagro, alcalde de Tumbez, y a Luque, obispo, con la obligación de preparar una expedición de 150 hombres y los bastimentos y barcos necesarios en un plazo breve.

Pizarro marcha a Extremadura a reclutar gente, principalmente a sus familiares: sus hermanos Hernando, Gonzalo y Juan y su medio hermano Francisco Martín de Alcántara. Pasa a Sanlúcar a preparar el viaje y, sin los hombres necesarios, se embarca. Les aguardará en la isla de La Gomera, pues el 18 de enero de 1530 se va a verificar una inspección.

Antes ha enviado un barco con 20 hombres a Tierra Firme para comunicar a sus socios el éxito de sus gestiones e instarles a que ultimen los preparativos.

La pequeña flota se dirige a Santa Marta y Nombre de Dios y luego a Panamá, donde ya está todo muy adelantado. Poco después, procedentes de Nicaragua, se incorporan Hernando de Soto y Hernán Ponce con dos barcos y gente.

Ya todo dispuesto, el 28 de diciembre de 1530 se dice una misa y a primeros de 1531 se inicia la partida en tres barcos y con 180 hombres.

De Panamá a Cajamarca

Casi dos años costó penetrar en las tierras de las que fue nombrado gobernador Pizarro. Con gran precaución se marchó hasta Coaque: unos por tierra, a caballo y otros en los barcos. Todos con penalidades.

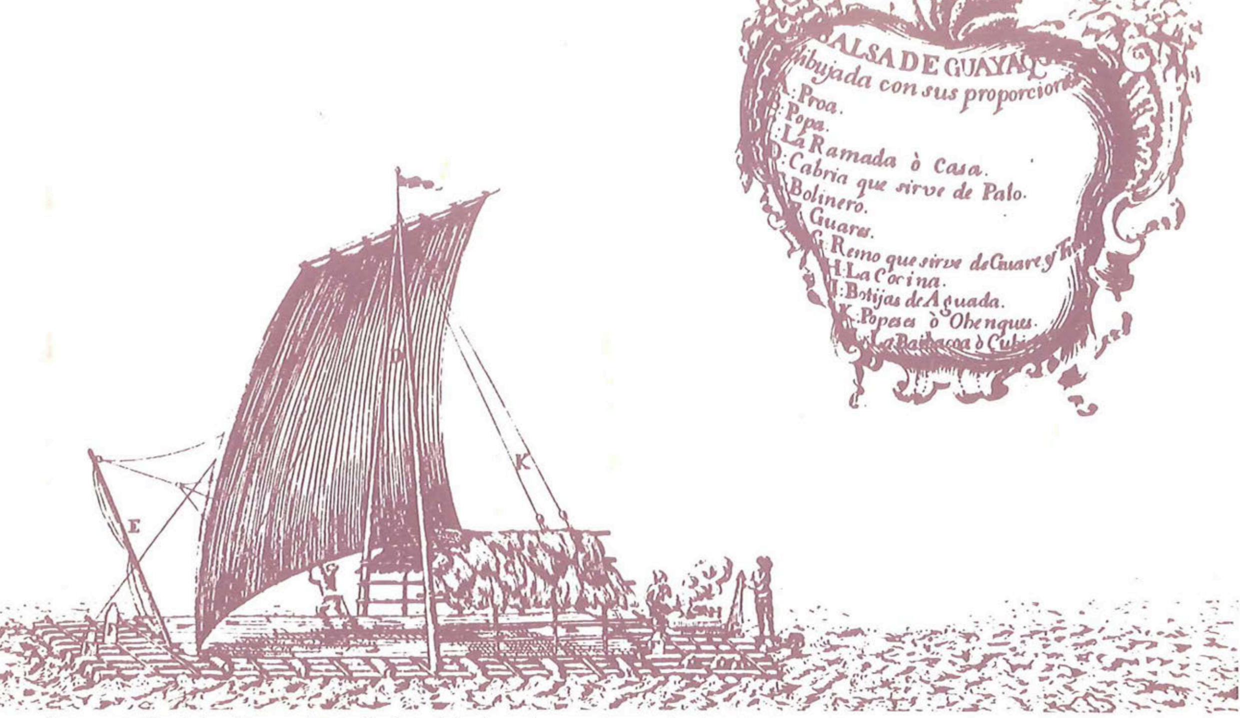
Quedaron en Coaque hasta septiembre (1531), en que llegó el tesorero Riquelme con alimentos y un barco de Nicaragua con Sebastián de Belalcázar y los oficiales reales. Seguramente la noticia de la llegada había corrido hasta Cuzco.

Lentamente se siguió por Pasao, Charapoto y tierras de Puerto Viejo, donde pudieron reponerse hasta finales de octubre. Un nuevo barco con castellanos se incorporó a la expedición.

Arribaron a la isla de Puna, de gentes belicosas y traidoras que estaban en guerra con los de Tumbez. Esto ocasionó infinitas molestias a Pizarro y los suyos, con muerte de muchos castellanos.

Desembarcaron al fin y llegaron a Tumbez, que sin ser la maravilla exaltada por Gandía, pues la guerra civil entre los hijos de Huayna Capac, ya muerto, había asolado los contornos, era la puerta del Perú, como había supuesto Pizarro.

Comenzaban las jornadas decisivas. Lo sabían los de Pizarro por informes, rumores y sínto-



Representación de la primera embarcación inca divisada por los castellanos a la altura de Guayaquil

mas. ¿Pensaba el inca acabar enseguida con ellos o liquidarlos en Cajamarca, donde los recibiría? En cualquier caso, Pizarro decidió buscar al inca con la misma tenacidad que Cortés tuvo en entrevistarse con el Tlacatecuhtli mexicano.

Divididos en grupos, con indios de transporte detrás, pasan por Zangarara, Piura y Serrán, donde Pizarro hace alto, enviando a Soto con unos hombres hasta Caxas, ya en el comienzo de la sierra.

La buena condición del territorio anima a Pizarro a fundar una ciudad que llamó de San Miguel y que luego se pasó a Piura, San Miguel de Piura.

Pizarro comprendía que se hallaba en un territorio tan civilizado como el que Cortés encontró en México. Su tropa le pareció insuficiente y envió un barco desde Paita a Almagro para que se apresurara en incorporarse.

Regresado Soto se sigue el camino por Tala, Motupe, valles de Jayauca y Tucume hasta Cinto, desde donde se envían regalos a Atahuallpa, que se hallaba en Cajamarca.

Llegan a Saña, cuyo río atraviesa en balsa y reposan allí unos días. Atahuallpa les envía a su vez unos vasos de piedra y unos patos secos rellenos de paja.

Tan raro obsequio despierta siniestras interpretaciones: es el símbolo de que cuando lleguen serán despellejados. Pese a todo, Pizarro replica enviándole baratijas, sedas y una copa de Venecia. Y desestima los informes sobre trampas y emboscadas.

Algunos sugerían marchar por el valle de Chincha para no entrar en la trampa cajamarquina. Pizarro objetó que sería malo demostrar temor.

Durante el camino reciben llamas, alpacas y comida que a veces se resistían a probar, no estuviera envenenada. Los emisarios les decían que la guerra terminaba y que Huascar estaba preso.

A pocas leguas de Cajamarca vino un indio de Piura que había sido enviado a saludar al inca en nombre de los castellanos. Según relatan los protagonistas del drama, el indio les comunicó que fue mal recibido y que estaban preparados para matarles a todos, excepto al barbero *—que hacía mozos a los hombres—* y a un domador de caballos.

El 15 de noviembre de 1532, por la mañana, la hueste estaba a una legua de Cajamarca. Puestos en marcha divididos en tres grupos, con los indios cargueros en retaguardia, entraban en la ciudad *después de la hora de vísperas.* Esta fecha es el eje sobre el que gira la historia de la conquista.

Cajamarca

Tantas veces en tantos años, en tantos libros y narraciones se ha *contado* el drama de Cajamarca que para revivirlo en la memoria de miles de lectores bastará un esquema de hechos, aunque no hurtemos la anécdota que tiene categoría histórica.

Sobre los considerandos historiográficos, hay momentos en que las decisiones del hombre superan los supuestos lógicos.

Existe la superioridad del armamento español, importante para el resto de los hechos. Pero el 16 de noviembre de 1532 todo estaba en contra, ya que el armamento no se utilizó.

Miles de guerreros incaicos victoriosos en la guerra civil, en terreno conocido y preparados, como se documenta ampliamente, se enfrentan a no más de 160 castellanos encerrados en una ciudad desconocida y rodeada de gentes de armas.

Pero el hombre, siguiendo el ejemplo de Cortés, tenía el plan de llegar hasta el otro hombre y hacerle prisionero suyo. El drama es, pues, Pizarro y Atahuallpa.

Llegada la hueste a la plaza, Pizarro distribuye a sus gentes en las casas y envía a Hernando de Soto con 20 hombres al campamento de Atahuallpa, cuyas blancas tiendas se divisan a lo lejos. Tras un tiempo, que parece eterno, envía a Hernando Pizarro con otros 20.

Los malos modos de Hernando con un cacique que ha visto en Marcavilca hacen que éste, atemorizado, inste al inca a salir con dos copas de oro en las que le ofrece chicha a Hernando.

En tirante entrevista, Soto alardea de su habilidad como jinete sin que el inca denote emoción o miedo. Vuelven los españoles con la promesa de Atahuallpa de visitarles al día siguiente y dicen que los indios son, al menos, 50.000. Cifra, aunque exagerada, representante de un poderoso ejército.

La noche del 15 al 16 es de tensa espera. Pizarro coloca guardias en las bocacalles que salen de la plaza para evitar sorpresas en la oscuridad y distribuye a los de a caballo —unos 60— en tres compañías, a las órdenes de los dos Hernandos y de Sebastián de Belalcázar, montados y preparados *con pretales de cascabeles,* según el soldado Trujillo.

En la casa central se aposta Pizarro con la infantería y así pasa la noche, en la que *el buen viejo del gobernador* estuvo *esforzando a la gente.*

Al clarear, distinguen agitación en el campo incaico, donde se pone en marcha una lujosa comitiva, con lanceros en vanguardia y *heraldos con mantas escaqueadas;* tras ella, las andas en que portaban al inca los *orejones,* y cientos de indios guerreros capitaneados por Rumiñahui.

Según unos informes, Atahuallpa había prohibido que llevaran armas (lo que parece ilógico); según otros, llevaban rompecabezas, mazas y macanas escondidas. Iba a dar igual.

Pizarro envía al padre Valverde para que lea ante el inca, estacionado en la plaza, el *Requerimiento* de aceptación de la soberanía de los reyes españoles y la predicación de la verdadera fe. Cosa que hace el cura biblia en mano, que entrega al soberano inca.

Atahuallpa no entiende lo que habla el fraile que a él nada le dice. Arroja lejos el libro y empieza a reclamar a voces lo que los castellanos han tomado.

El padre Valverde regresa asustado donde Pizarro, le incita a salir y le da la absolución. Con el ensayo preparado, al disparo del falconete de Gandía desde lo alto de la *fortaleza,* surgen las compañías de caballeros y Pizarro, espada desnuda y capa enrollada al brazo izquierdo, con los infantes.

En el tremendo barullo, con gritos y amontonamiento de gentes espantadas por los cascabeles, Pizarro se dirige como una flecha a las andas y agarra por las vestiduras al inca protegiéndolo, no sin recibir daño, de los enardecidos

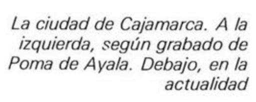




Encuentro entre los castellanos y el inca en Cajamarca



Francisco Pizarro (Museo de América, Madrid)



La ciudad de Cajamarca. A la izquierda, según grabado de Poma de Ayala. Debajo, en la actualidad



El padre Valverde ante el inca Atahuallpa (grabado de Poma de Ayala)

combatientes. Y mientras los indios huyen, ya casi anochecido, se conduce a Atahuallpa a la casa de piedra.

Si hubiera que resumir en una sola frase la historia de la conquista de Perú, habría que decir: *el 16 de noviembre de 1532, los españoles se hacen dueños del Tahuantinsuyu.* Aunque luego venga el proceso de ocupación, la resistencia y el definitivo derrumbe del imperio incaico.

Fin de Atahuallpa

El imperio estaba vencido al caer prisionero Atahuallpa. Pero esto no parecía tan claro a ojos de los protagonistas.

Creía Atahuallpa que lo matarían, como él hubiera hecho con Pizarro. Y éste sabía que sólo el rehén imperial mantenía salva a su hueste.

Intuitivo el inca, al ver que los extranjeros, aunque hablaban de un emperador lejano, codiciaban las riquezas metálicas, ofreció llenar de oro y plata la habitación en la que estaba aherrojado con grillos si le salvaban la vida, y dio un plazo de cuarenta días para cumplir su promesa.

¿Era para ganar tiempo? ¿Obedecía a su miedo a la muerte? Nunca se averiguará.

Siete meses estarían los castellanos prácticamente aislados en Cajamarca. Con salvoconductos del inca, capitanes españoles recorrieron Perú recogiendo los tesoros del rescate y apresando a Chalcuchima, general del inca, que traía cargas de oro y plata (11 de marzo de 1533).

En abril llegó Almagro con los esperados refuerzos, lo que imponía distribuir las riquezas consistentes en lo ocupado en el campamento de Atahuallpa y en el rescate.

Hecha la fundición, se repartió entre los de a caballo y los peones, los de la costa y los recién llegados y se dedujo el *5.° Real* (150.095 pesos), amén de 100.000, obsequio de la hueste al rey.

Hernando Pizarro quedó encargado de conducir el tesoro, que asombraría a España entera. Y se le comisionó para que consiguiera otra gobernación para Almagro.

En Cajamarca se respira un ambiente de sitio. Los *yanacuna* —indios sometidos o de servicio— informan constantemente de amenazas, movimientos de tropas y actividades ofensivas de los generales libres, especialmente Quis-Quis en Cuzco.

Quizá quien mueve todo es Felipillo, el intérprete, que insidia diciendo que Atahuallpa da órdenes secretas. Esto induce a ajusticiar al inca. A Pizarro le repugna hacerlo. Pero fray Vicente, el tesorero Riquelme y Almagro insisten en que se le procese, acusado de conspiración y de la muerte de Huaskar.

Este proceso, de cuya sospechosa juridicidad se ha escrito mucho, pues es anómalo juzgar a un monarca con las leyes de otro país que aún no ha establecido oficialmente su soberanía, desemboca en condena a muerte.

Ante la amenzaza del fuego y a instancias de fray Vicente, el inca se convierte al cristianismo y es estrangulado el 24 de junio de 1533.

En contraste, siguen la exequias reales, solemnes, y se entrega el cuerpo a los parientes para llevarlo a Quito.

Si con estas medidas se procuraba *allanar la tierra,* como algunos dijeron, el efecto fue contrario: se inmovilizaron las cargas de tesoros, el país se conmocionó... Los *orejones,* reunidos en Cajamarca a solicitud de Pizarro, eligieron nuevo inca a Tupac Huallpa, hijo del ajusticiado.

El Cuzco

Los castellanos nada dominaban apenas en el Perú. Cajamarca era una de tantas ciudades del Tahuantinsuyu. Había que marchar a Cuzco, la capital. Pizarro lo decide el 11 de agosto de 1533 llevando al nuevo inca y a Chalcuchima en andas. Adelantados iban Diego de Almagro y Soto.

Llegados el 11 de octubre al valle de Jauja tras duras marchas, acuerdan fundar y se detienen diez días, entre otras cosas por la muerte del joven Tupac, quizá envenenado por Chalcu-

chima, que ya iba infundiendo sospechas de que preparaba la ruina de los extranjeros enviando secretos *chasquis (*)* a Quis-Quis.

La vanguardia sufrió un revés en Vilcas, donde abusaron de las mujeres de un campamento abandonado por sus hombres para ir de cacería y que, al regresar, atacaron fieramente a los violadores.

El 12 de noviembre llegaron a Limatambo, donde un superviviente de la familia real, Manco, hijo de Huayna-Capac, se acercó con gran cortejo. Quería alejar a la tropa quiteña de los generales de Atahualpa y denunció las intenciones de Chaculchima, trayendo presos a algunos de sus *chasquis* que, torturados, confesaron las órdenes que daba a Quis-Quis.

Al saberlo, Pizarro agarró por el cuello al general diciendo: *Con que esto es lo que nos tenías preparado, perro.* Al día siguiente, Chaculchima era quemado.

La noticia de su muerte llegó rápida al Cuzco. Quis-Quis comprendió que nada quedaba por hacer y llevándose a las vírgenes del sol huyó incendiando la ciudad.

Ante la actitud de Manco, Pizarro le coronó en presencia de *orejones* y *curacas* como Manco II. Después, los españoles se dirigieron reagrupados al Cuzco, donde entraban el 15 de noviembre de 1533, en el aniversario de Cajamarca.

La grandeza del Cuzco dejó atónitos a todos: enormes palacios de verdosas piedras de andesita, amplísimas *canchas* y *andenes,* abiertas *pampas,* regulares calles empedradas y la riqueza de los interiores llenos de mantas tejidas, finísimo *cumbi* como la seda.

Bastante plata y poco oro —llevado a Cajamarca— constituyeron un botín del que correspondieron 4.000 pesos a cada uno de los 480 hombres que allí entraron.

Así se adueñaron los españoles del imperio de los incas: los dos soberanos de la guerra civil muertos; sus generales, muertos también o huidos; los vencedores quiteños en retirada y Manco II dócil a los castellanos. No habrá resistencia organizada hasta mucho después.

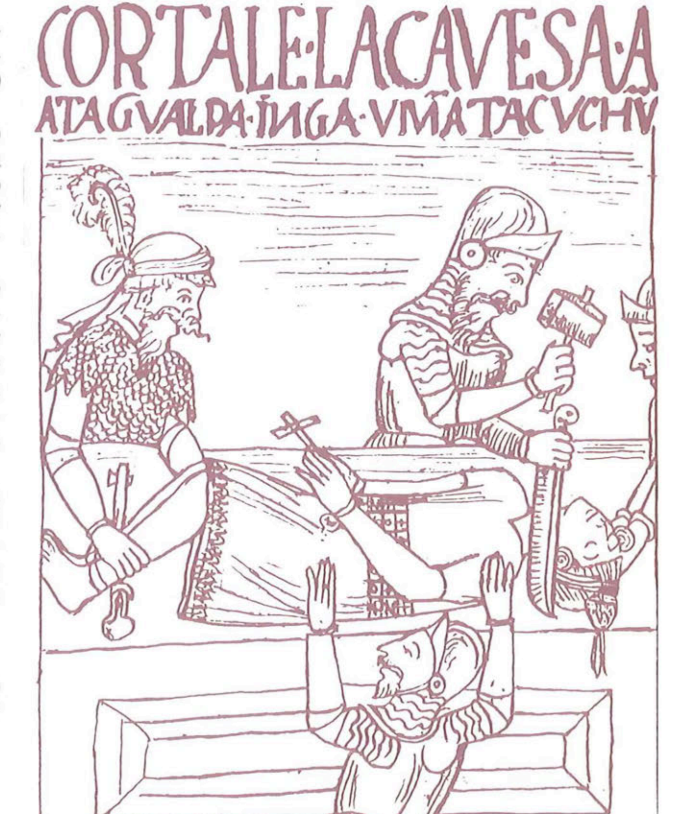
Los conquistadores se distribuirían por todo el territorio, se haría fundación hispana de Cuzco, nacería la Ciudad de los Reyes (Lima) y muchas más. Se sublevaría Manco II, harto de ser *pájaro en jaula de oro,* lucharían entre sí los españoles —pizarristas y almagristas—, se descubrirían las vastas regiones imperiales... Pero esto es otro capítulo.

La aprehensión del Tahuantinsuyu terminaba oficialmente con la ocupación de la capital del imperio. Después vendría el acomodo de españoles e indios, la implantación de las formas europeas, la convivencia y la pacificación, las consecuencias, pues, de esta conquista.

(*) Organización de mensajeros que, mediante un complejo sistema, permitía una rápida transmisión de mensajes a los distintos puntos del Imperio inca.



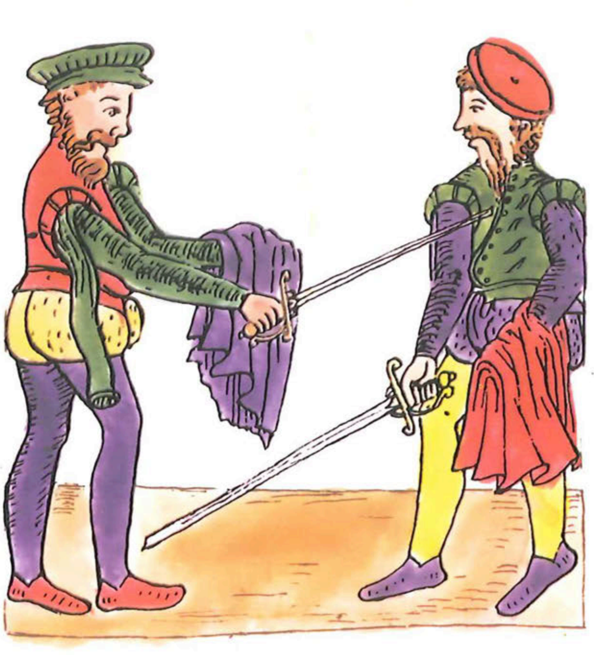
Prisión del inca Atahuallpa (arriba) *y momento de su ejecución (grabados de Poma de Ayala)*



La saga de los Pizarro y Almagro

Los Pizarro y los Almagro forman parte indisoluble de la epopeya de la conquista de Perú. Su colaboración, primero, y sus enfrentamientos, después, marcarán el destino de los primeros años de la presencia española en las tierras andinas. He aquí, brevemente, los protagonistas de esta *saga* de los Pizarro y los Almagro.

Los Pizarro —Francisco, Gonzalo, Juan y Hernando— eran hijos de *Gonzalo Pizarro, el Largo,* militar, que combatió en Italia. Nacido en Trujillo, antes de casarse tuvo de Francisca Morales un hijo natural, Francisco, futuro conquistador de Perú. De su matrimonio con Isabel de Vargas tuvo a Hernando, el único hijo legítimo de los Pizarro, ya que tanto Gonzalo como Juan fueron también hijos naturales.



Francisco Pizarro, (1476, Trujillo, 1541, Lima), conquistador de Perú y fundador de Lima, era más bien alto y de fuerte complexión; moreno, un tanto cetrino, de nariz fina y algo aguileña. De carácter serio, receloso y afectuoso. Francisco Pizarro fue asesinado por los partidarios de Almagro en Lima, el 26 de junio de 1541.

Hernando Pizarro (1478, Trujillo, 1557, Trujillo) estuvo primero en las guerras de Italia con su padre y después en Perú, donde le llevó su hermano Francisco. Hernando, de carácter soberbio y orgulloso, parece que fue el principal fomentador de la rivalidad con Almagro, a quien mandó decapitar. Regresado a España, estuvo preso en el castillo de la Mota por haber dado muerte a Almagro.

Juan Pizarro (1505, Trujillo, 1536, Cuzco) llegó a Perú en 1530 con su hermano Francisco, lo mismo que sus hermanos Hernando y Gonzalo. Tomó parte en la expedición que, mandada por Almagro, descubrió el valle de Jauja. Gobernador de Cuzco, moriría a causa de una pedrada en la cabeza en el intento de reconquistar la plaza de Cuzco, en manos de los hombres de Manco Capac. Fue sepultado en la catedral de Cuzco.

Gonzalo Pizarro (1511, Trujillo, 1548, Cuzco) fue el menor de los Pizarro. Alto, fuerte, de larga barba, valiente y desenfadado y un gran jinete. Mientras lleva a cabo la conquista del legendario *país de la canela* (vagamente localizado en la selva amazónica y que terminará, como es sabido, con el descubrimiento del Amazonas por un grupo capitaneado por Orellana), es asesinado su hermano Francisco. Gonzalo Pizarro se opondrá a las *Leyes Nuevas* dictadas por la Corona y a la tarea del primer virrey, Blasco Núñez Vela. Gonzalo se convierte así, paradójicamente, en el paladín de los conquistadores que se ven arrinconados. Derrotado en la batalla de Jaquijaguana, Gonzalo será decapitado y enterrado en la iglesia de la Merced de Cuzco, donde yacían los dos Almagros, padre e hijo, sus grandes enemigos.

Diego de Almagro (1472-1538), nacido quizá en Almagro (o tal vez en Malagón o en Aldea del Rey, Segovia), comparte con Francisco Pizarro la gloria de la conquista de Perú. Dicen los cronistas que era pequeño y feo y tuerto a consecuencia de un flechazo. Sencillo y generoso, buen administrador, Diego de Almagro será el auxiliar indispensable de Pizarro. Su figura queda siempre en un segundo plano y hay quien piensa que su enemistad hacia Pizarro fue fruto de la envidia. Derrotado por Hernando Pizarro en la batalla de las Salinas, Diego de Almagro fue ejecutado en julio de 1538.

Diego de Almagro, el Mozo (1518, Panamá, 1542, Cuzco), hijo de Ana Martínez, una indígena criada de Diego de Almagro. Llegó al Perú en 1535, dos años después de la entrada de los españoles en Cuzco, cuando su padre se encontraba en la expedición de Chile. Muerto su padre, Diego de Almagro el Mozo acaudillará el grupo de los *almagristas* y de su casa saldrán los conjurados para dar muerte a Francisco Pizarro. Almagro el Mozo, hecho prisionero en el valle de Yucay, fue decapitado en Cuzco y enterrado, junto con su padre, en la iglesia de la Merced.



Vista parcial de las actuales ruinas de Macchu Picchu

Crisis del Tahuantinsuyu

Por María Concepción Bravo Guerreira
Profesora de Cultura Inca. Universidad Complutense de Madrid

LA visión que tienen los estudiosos de la cultura inca, partiendo de los datos de los cronistas que escriben desde los años 50 del siglo XVI, adolece de una tendencia a la generalización y plantea una interpretación a veces idealizada de los aspectos más destacados y sobresalientes de una organización política y social casi perfecta, armónica y sin fisuras.

No es ajena a esta visión idealizada la enorme difusión que alcanzó en toda Europa la obra del inca Garcilaso de la Vega. Los *Comentarios Reales de los Incas* ofrecen, en efecto, una visión romántica y utópica de un pueblo sencillo, una *cáfila de hombres felices* según expresión de Louis Baudin, gobernados por unos soberanos paternalistas y justos, preocupados por el bienestar y la felicidad de sus súbditos.

No entraremos ahora en las razones de esa postura del inca mestizo, apasionado y soñador, cuyos escritos constituyen una de las más brillantes muestras, desgraciadamente no bien valorada, del mejor humanismo de las letras españolas.

Pero sin pretender en absoluto negar el valor informativo de los *Comentarios,* es preciso señalar que sólo pueden brindarnos un conocimiento, si no deformado, parcial de la realidad del Tahuantinsuyu, Imperio de los incas.

Si, en conjunto, la valoración del autor puede ser válida para una apreciación global de determinados momentos de la corta historia del Tahuantinsuyu, no lo es ciertamente para el tiempo en que este Imperio fue conocido y dado a conocer por gentes de mentalidad y sensibilidad tan ajenas a un modelo de vida que se gestó en el mundo andino desde tiempos remotos y que cristalizó en instituciones que los incas supieron perfeccionar y adoptar a las estructuras de un Estado en continuo crecimiento.

Crecimiento que, justamente por lo acelerado de su proceso, generó crisis constantes, la más grave de las cuales se estaba desarrollando entre los años de 1529 y 1532; es decir, desde que el mundo occidental tuvo los primeros atisbos de la existencia de un poderoso Estado al sur de la línea equinoccial, hasta que la hueste

de Pizarro contempló en Cajamarca lo que creyó era la realidad absoluta del Reino de las Cuatro Regiones.

Hemos hablado de un proceso acelerado de formación y desarrollo del Tahuantinsuyu y de una crisis. El estallido dramático de ésta lo constituyen los enfrentamientos, primero, y la guerra abierta, después, entre Huaskar y Atahuallpa, hijos del último gran inca Huayna Capac, cuyo largo reinado se desenvolvió en tiempos de tensiones continuas.

Este soberano vivió sus últimos días en las tierras del norte del Imperio, donde se asienta la actual República del Ecuador, cuando Francisco Pizarro y Los Trece de la Fama ya habían tocado tierra en Túmbez y después de costear el litoral Pacífico hasta Chincha habían iniciado su regreso a Panamá.

A fines de 1529 o principios de 1530 terminaba la vida del inca al mismo tiempo que en España se ponía en marcha la empresa que tendría como final la caída del Imperio incaico y la incorporación a la Corona de Castilla de los vastos y ricos territorios de la difícil y áspera geografía andina.

Aquí el inca Huaskar luchaba por el poder en un Estado que aún no había conseguido basar su fuerza en la solidez de unas estructuras sociales y económicas con poco arraigo en esas tierras del norte, escenario de la mayor parte del reinado de Huayna Capac y objeto del continuo esfuezo y los ambiciosos proyectos del inca para establecer en ellos el más eficaz y poderoso bastión del Imperio.

Su conquista había sido dura y larga, pero posible gracias a la existencia de mecanismos estatales e instituciones sociales que permitían la leva continua de ejércitos poderosos y la incorporación palatina de territorios cuyos señores se veían forzados a entrar en el juego de los intereses económicos del Cuzco y prestar su colaboración a los cuadros de mando incaicos superpuestos a las estructuras regionales tradicionales.

Es cierto que estas estructuras no eran eliminadas, sólo transformadas y supeditadas a los fines políticos cuzqueños. Su supervivencia fue precisamente la razón fundamental por la que conquista del Incaric por los españoles resultó más difícil de lo que una valoración global y apresurada de la misma ha venido dando a entender a través de interpretaciones un tanto triunfalistas.

El Imperio de los incas no dejó de existir en Cajamarca. Aceptar esta afirmación simplista quitaría valor a la magnífica realidad de uno de los más poderosos y mejor organizados Estados que han florecido a lo largo de toda la historia de la Humanidad.

Fue el momento subsiguiente a su última expansión, con la muerte de Huayna Capac sin haber tenido tiempo de afirmar y reajustar nuevas instituciones, lo que dio lugar al surgimiento de anhelos y sueños de poder en las gentes



La ciudad de Cuenca, antigua Tomebamba (grabado de Poma de Ayala)

quiteñas en las que Atahuallpa supo encontrar un eficaz e inestimable apoyo para sus propios intereses y ambiciones.

Las estructuras del Imperio

Huayna Capac había llevado a cabo en los últimos años de su reinado, siguiendo una pauta renovadora que ya se advierte desde su precoz asunción al poder, una política de transformación de las antiguas normas que rigieron la economía y la administración incaicas desde los tiempos de su abuelo Pachacuti.

Aunque la política tradicional de los señores del Cuzco fue desde el principio de su expansión, en la segunda mitad del siglo XV, la de respetar las tradiciones de los pueblos sometidos, la autoridad de los *curacas* o señores étnicos locales sobre sus propias gentes había sido seriamente recortada.

Las relaciones entre señores y vasallos se basaban en una reciprocidad que entrañaba para esos últimos la obligación de contribuir con su fuerza de trabajo al desarrollo y la autosuficiencia económica de cada pequeño señorío, de cuyo nivel dependía el prestigio del propio *curaca*. Este, por su parte, tenía la responsabilidad de defender la autonomía política y de velar por el mantenimiento de unas relaciones sociales regulares, basadas en la existencia del *ayllu*.

El *ayllu*, grupo de individuos vinculados entre sí por lazos de parentesco que implicaban la existencia de tradiciones religiosas y una absoluta identidad cultural entre sus miembros, basaba su fuerza en su propio comportamiento económi-



Huyna Capac (según Poma de Ayala)



El inca Huascar prisionero y destronado por su hermano Atahuallpa (grabado de Poma de Ayala)

co. El hecho de pertenecer a un *ayllu,* y aquí radica su esencia, daba a un individuo el derecho de acceder al uso y disfrute de unas tierras que constituían la propiedad comunal del grupo.

Sobre esta base, y entre todos los *curacas* de los Andes centrales, el del Cuzco había conseguido un mayor prestigio basado en la coordinación de la fuerza de trabajo de sus vasallos orientada tanto a fines económicos como a una organización militar.

De esta forma los incas, a partir de un sistema de alianzas con los señores vecinos, fueron imponiendo su hegemonía sobre todos ellos hasta consolidar la creación de un verdadero Estado cuyo ámbito territorial empezó a crecer como consecuencia del carácter militarista de su sociedad y de su empuje conquistador.

Estas alianzas, reforzadas por vínculos matrimoniales que conducían a una identidad de intereses, suponían una colaboración más o menos entusiasta, tácitamente forzada con los incas.

Los recursos humanos, cada vez mayores, iban siendo organizados y su esfuezo encauzado a los fines estatales de una continua expansión.

Los *curacas* perdían el poder político concentrado en el Cuzco. Pero se mantenía el sistema de relaciones de reciprocidad con sus sujetos, a la vez que se establecían otras de parecida índole entre ellos mismos y el inca. Así el beneficio del trabajo y las prestaciones, aunque bajo la responsabilidad del *curaca,* refluía en el Estado.

Las prestaciones se regularon de manera uniforme en todo el Tahuantinsuyu mediante una institución fundamental que se basó en viejos sistemas típicamente andinos: la *mita.* Gracias a ella el esfuerzo de millares de seres humanos, encuadrados en grupos funcionales de estructura decimal, pudo ser eficazmente orientada para atender a las múltiples y crecientes necesidades estatales.

En turnos rigurosos, durante un tiempo que no nos es dado determinar, posiblemente diferentes en duración según el tipo de trabajo exigido y en porcentajes también variables sobre esa base decimal, los súbditos del inca prestaban sus servicios en todo el ámbito del Imperio.

El cultivo del campo y la guarda de los rebaños de llamas constituían la base económica fundamental y la fuente de recursos para mantener un sistema de redistribución que satisfacía las expectativas de compensación, por su colaboración, de los señores y las necesidades de los súbditos que trabajaban para el Estado.

La explotación de la minas estaba reducida a las exigencias de un uso suntuario, destinado a mantener el prestigio del inca, cuya generosidad podía hacerlo extensivo a los *curacas,* y en todo caso imprescindible para rodear al culto estatal de una brillantez que describieron con añoranza los viejos informadores indígenas de los cronistas españoles. La riqueza y fastuosidad de las numerosas piezas de oro y plata que constituyeron lo que no llegó a ser el *rescate* de Atahuallpa en Cajamarca, permite hacernos una idea de cuál podía ser el índice de esas existencias y el tiempo que la explotación minera y los trabajos de orfebrería representaban entre las obligaciones de los turnos de la *mita.*

La construcción de las imponentes obras de arquitectura e ingeniería que aún hoy día evidencian su funcionalidad y su empaque majestuoso, consumían a su vez el tiempo y el esfuerzo de los bien coordinados equipos de trabajo.

Pero, sin duda, las prestaciones militares, junto con las de los trabajos agrícolas, fueron la base imprescindible para conseguir el crecimiento y el mantenimiento del Imperio.

Todos los súbditos varones de edades comprendidas entre los veinticinco y los cincuenta años eran soldados en potencia, siempre disponibles para las levas del Ejército, cuya dirección estaba encomendada a los miembros de las élites cuzqueñas.

La nobleza, emparentada toda ella con el inca y encuadrada como el pueblo en complejos grupos de parentesco no se limitaba a ser un peso muerto en la economía del Imperio. Las más altas responsabilidades de la administración del culto y del Ejército constituían para ellos una obligación exigida por el inca que los hacía generosamente partícipes de la redistribución de bienes obtenidos mediante el trabajo del pueblo.

La organización decimal de los equipos de trabajo no supuso, en absoluto, la ruptura o el desequilibrio de la estructura social de los *ayllus*. Aseguraba su autosuficiencia la posesión de tierras comunes cuyos productos alimentaban a todos los miembros de la comunidad cuando no eran reclamados para los turnos de la *mita;* por otro lado a ésta sólo estaban obligados los varones cabeza de familia.

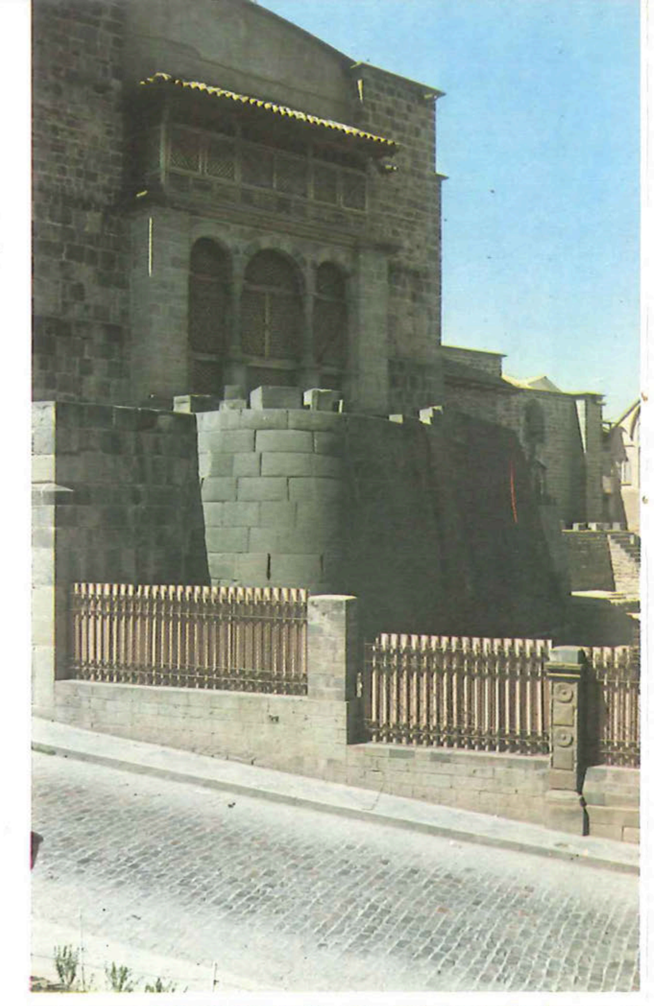
El excedente de tierras no necesarias para mantener esa autosuficiencia del pueblo estaba dividido en dos partes: una para el Estado y otra para el culto. Son las llamadas tierras del Inca y del Sol. De las primeras se obtenían los productos destinados a la redistribución estatal y al mantenimiento del lujo de la Corte Imperial y al de los propios trabajadores del Estado.

Pero aunque, como decíamos, éstos no vieron modificada su propia organización social, sí fueron objeto de un tipo de exigencias por parte del inca que incluían la posibilidad de ser desarraigados de sus propias tierras y enviados a otras nuevas, a veces muy lejanas a su lugar de origen.

Dos centros de poder: Cuzco y Tomebamba

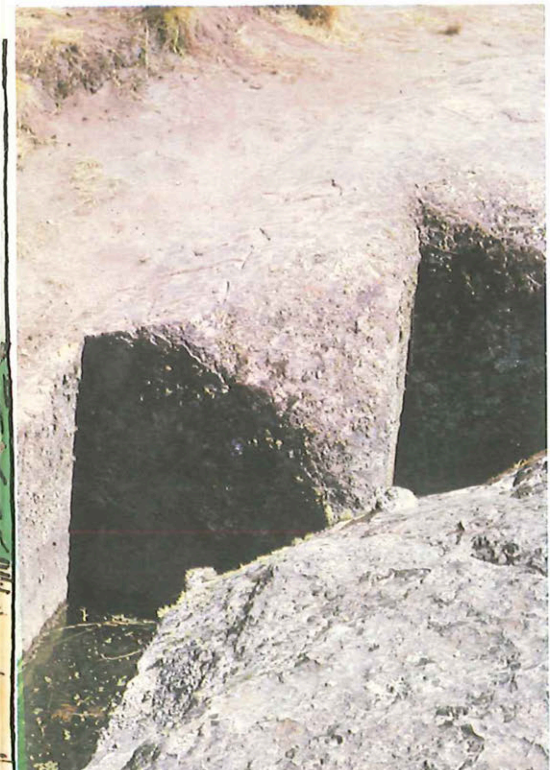
Grupos de *mitimaes,* gentes trasladadas, desempeñaban a tiempo completo actividades especializadas allí donde fuera necesario para cumplir funciones políticas, militares o económicas, convenientes a la seguridad y buena marcha del Imperio.

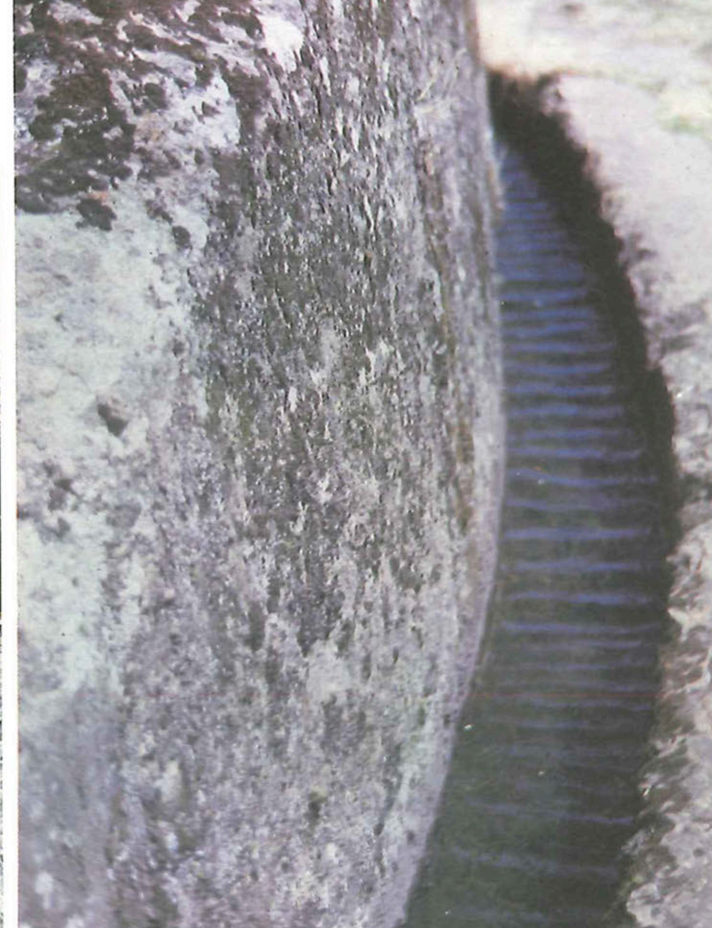
El inca les proporcionaba una parte de las tierras del Estado. Las que ellos dejaban pasa-





Iglesia construida en Cuzco sobre los cimientos del Coricancha, el templo del sol de los incas (arriba, izquierda). *El inca conducido en andas (del manuscrito de Murúa,* abajo, izquierda). *Alrededores de Cajamarca en las proximidades del canal preincaico de Cumbemayo* (arriba). *Dos detalles del Cumbemayo, canal que abastecía los baños del inca* (abajo, derecha).





ban a engrosar ese tipo de propiedad en otras latitudes del Tahuantinsuyu.

Así, con la aplicación estricta de tan hábil política, el Imperio pudo crecer y multiplicar sus centros administrativos, siempre sujetos al centralismo absoluto de la capital.

El Cuzco era y seguía siendo el único centro del poder político y religioso, encarnados ambos por el inca. Pero al crecer el Imperio los esquemas originales empezaron a presentar puntos débiles.

El sometimiento de los grandes señores no era tan firme como para no hacer necesaria la implantación masiva de grupos de *mitimaes* fieles al Cuzco en los conflictos de Charcas o Quito; los alzamientos o amagos de rebeliones exigían la movilización continua de tropas en los lugares más extremos y distantes.

Las levas populares resultaron insuficientes y se hizo necesaria la creación de fuerzas de élite y de ejércitos profesionales más o menos numerosos; sus componentes gozaban de prerrogativas que los fueron situando en competencia con la prepotente y exclusivista nobleza de sangre.

Y aún más, Huayna Capac, que ya había permitido cambios en el status político de los *curacas* leales, permitiéndoles una mayor participación activa en el gobierno y administración de sus gentes, decide establecer su base de operaciones frente a la sublevación de los quiteños en la misma frontera meridional de esos nuevos reinos, apenas subyugados por su padre Tupac Inca Yupanqui.

Tomebamba (actual ciudad de Cuenca, Ecuador), en la región de Cañar, fue el lugar elegido por el inca. Según viejas tradiciones recogidas por los cronistas, porque ese había sido su lugar de nacimiento precisamente durante las campañas de conquista de su padre; posiblemente la elección obedecía a razones estratégicas de oportunidad y conveniencia.

Se trataba de un lugar, ya en tierras de Quito, pero donde la tradición incaica estaba más arraigada que en la lejana capital del viejo reino preincaico. Desde allí le resultaba fácil controlar las inseguras fronteras del norte y mantener al mismo tiempo un contacto regular con el Cuzco a través de la bien organizada red de caminos que enlazaban los extremos del Imperio con su centro político y espiritual.

El inca mismo se identificaba con ese centro, del que era su propia esencia y justificación. Hasta el punto de que los soldados de la hueste de Pizarro que nos dejaron sus impresiones de la conquista se refieren, para hablar de inca, al *Cuzco joven* si se trata de Huaskar y al *Cuzco viejo* para designar a Huayna Capac.

Así pues, el alejamiento prolongado del inca representaba para el Cuzco una carencia y para el Estado un cierto desequilibrio por cuanto la persona del soberano constituía en sí misma el centro del Imperio.

Cuando Huayna Capac asentó una auténtica corte subsidiaria en Tomebamba, empezando por construir una exacta réplica de los más significativos edificios del Cuzco, ese desequilibrio se hizo más patente y se agravó por lo prolongado de su asentamiento.

Junto a los miembros de la nobleza cuzqueña que le acompañaron en un principio empezó pronto a ocupar un lugar destacado, una nueva élite: la nobleza local entre cuyas hijas el inca tomó sus concubinas. Los lazos de parentesco estrechaban así unas relaciones que a la política del soberano interesaba mantener.

De este modo una nueva nobleza surgía, ajena a la cuzqueña y diferente a las élites foráneas que, constituidas por los *curacas* de los señoríos subyugados, siempre habían estado presentes con un status privilegiado en la vieja capital, pero al margen de los orgullosos *orejones* imperiales.

Huayna Capac designó entre sus miembros a algunos para ocupar importantes cargos en la administración del territorio, incluso para desempeñar relevantes funciones en el templo del sol, al que la presencia del inca confería el mismo rango e importancia que tenían el mítico Coricancha, santuario inaccesible para cualquier extraño a la nobleza imperial.

Entre los guerreros *cañari* eligió Huayna Capac su guardia personal. Las colonias de *mitimaes,* trasladados desde el centro del Imperio, constituían un sector especialmente influyente en la población, porque su fidelidad era una garantía para la seguridad del asentamiento incaico.

Disensiones

En estas circunstancias no es, pues, extraño que se diera en un momento crítico, en una campaña de conquista de los indómitos *caranquis* del norte un hecho que hubiera resultado inconcebible en tiempos de Pachacuti: los *orejones* se mostraron remisos en el combate e incluso se amotinaron contra el inca amenazando con abandonar la lucha secundados por *un número infinito de gentes cansadas ya de la guerra y del destierro.*

Huayna Capac negoció con los *orejones* que desistieron de su actitud, pero el incidente pone de manifiesto que la política del soberano y las innovaciones introducidas en la organización de sus ejércitos eran consideradas como un menoscabo de lo que hasta entonces habían sido inalienables privilegios de la nobleza de sangre.

Cuando murió Huayna Capac las modificaciones que él había intentado introducir no habían sido aceptadas y asimiladas por la clase dirigente del Cuzco, pero habían alentado en otros grupos la esperanza de una nueva situación.

Los señoríos del norte vieron amenazada su naciente autonomía y los ejércitos profesionales su continuidad en una condición de superioridad respecto a los *mitayos* del pueblo; los *mitimaes*

temieron perder su situación de privilegio e influencia sobre la población autóctona, tan evidentes que tanto Huaskar como Atahuallpa los consideraron aliados casi imprescindibles para conseguir el éxito de sus encontrados intereses.

El joven inca controló la mayor parte del Imperio y fue secundado por la casi totalidad de la nobleza del Cuzco. Pero Atahuallpa tenía a su favor el arrojo imparable de gentes que tenían algo que defender y mucho que ganar.

Pizarro y sus hombres le encontraron en Cajamarca orgulloso y confiado por su rotundo triunfo. Rodeado de un séquito brillante y protegido de un ejército numeroso que deslumbró y atemorizó a la menguada hueste española.

El victorioso y afortunado pretendiente a la dignidad imperial había arrasado la otrora floreciente ciudad de Tomebamba, pero había dado orden, en cambio, de respetar íntegramente el Cuzco, aunque no a los nobles leales a Huaskar. Pese a su triunfo, parece que no contaba aún con los mecanismos de la administración, como evidencian ciertos hechos que observaron los españoles.

Por eso decíamos al principio que la auténtica realidad del Imperio de los incas no fue la que apreciaron los soldados de Cajamarca. El temor y las lealtades indecisas anidaban bajo la arrogante seguridad y la regia apostura del triunfador Atahuallpa.

Y en el Cuzco Pizarro ya sólo encontró el fantasma de una ciudad a la que faltaba el brillo de su fastuosa corte y desprovista de los ricos tesoros que él mismo había ordenado trasladar a Cajamarca para completar el rescate de su prisionero.

No obstante, el Cuzco seguía siendo el centro del Imperio y el lugar que concitaba las frustradas esperanzas de la mermada nobleza y del pueblo disciplinado que aún respondía a las demandas de Manco II, el inca fugitivo, capaz de establecer, sin colaboración unánime de los vasallos de su padre, una nueva capital en la región montañosa y selvática de Macchu Picchu.

Todavía por algún tiempo se mantuvo una corte y un culto religioso; un resto de los brillantes ejércitos imperiales, convertido en pequeños grupos de guerrillas, hostigó sin tregua a los españoles que, en su favor, contaron con muchos antiguos señores deseosos de verse libres de su sometimiento al Cuzco.

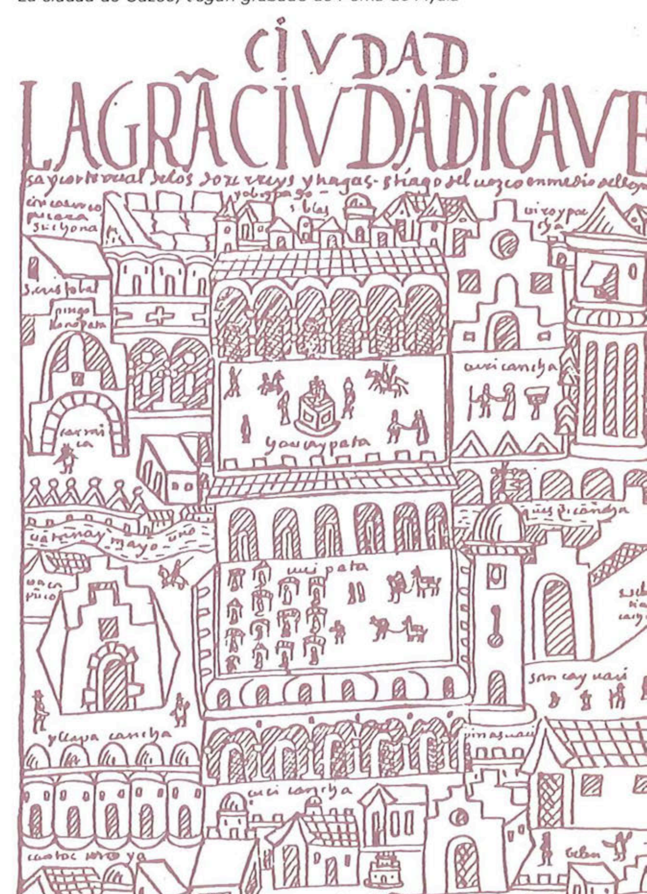
El Imperio de los incas desapareció al fin, pero muchas de las instituciones que hicieron posible su existencia sobrevivieron y aún hoy el campesino andino sigue respondiendo, en parte, a un modo de ser que le asemeja remotamente al *Hatunruna (*)* de los tiempos más gloriosos de su historia.

(*) *Hatunruna,* «hombre labrador», varón, cabeza de familia de la clase plebeya.



Chalco Chima, general del inca Atahuallpa (grabado de Poma de Ayala)

La ciudad de Cuzco, según grabado de Poma de Ayala





La nueva sociedad andina

Por Lorenzo E. López y Sebastián
Profesor de Historia de América. Universidad Complutense de Madrid

CON la irrupción de los españoles en el Tahuantinsuyu, el dilatado imperio de los *incas,* una de las más sólidas organizaciones políticas basadas en la conveniencia mutua y heredera de pautas antiquísimas adaptadas al sobrecogedor mundo andino, se inicia uno de los procesos de cambio más violento, arduo y espectacular del siglo XVI americano, originario de la invención de un nombre —el Perú— con el que en adelante se conocerá.

Todo ello da lugar a la inesperada extinción de una *monarquía* en crisis, al beneficio de fabulosas riquezas y al nacimiento de una sociedad nueva con peculiares características.

Difícil debió ser la adaptación del español a un medio físico tan ingrato y duro como los Andes, tan caracterizado por los extremismos, por las variaciones y diferencias absolutas; a una sociedad tan diversa y compleja como la *inca,* de innumerables señoríos étnicos que en apretado mosaico constituían el imperio; a una organización decantada por los años, capaz de procurar el bienestar por el esfuerzo.

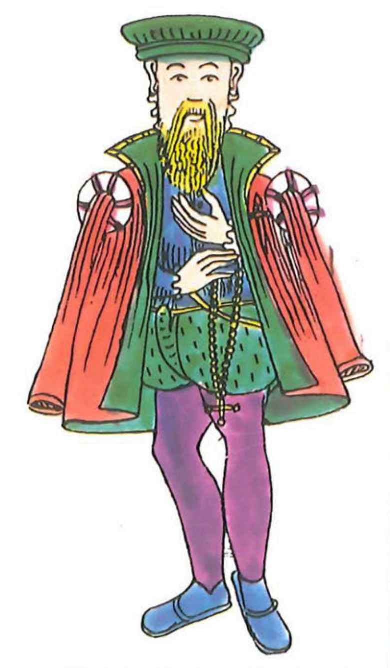
Desconcertante para el *runa,* en cuya vida casi nada se había dejado al azar, para quien obedecer era una necesidad impuesta por una tradición indiscutible a cambio de la que recibía toda suerte de seguridades. Incomprensible para él la inesperada existencia de nuevos señores, con nuevas exigencias y hasta nuevos dioses.

Cambio de valores

Resistió como pudo, con ese sincretismo cultural, y especialmente religioso, tan conocidos; con la *resistencia pasiva* llamada indigencia por los cronistas y conquistadores de la época y que tanto trabajo dio a encomenderos, corregi-

Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y el nuevo inca (grabado de Poma de Ayala)

Encomendero castellano y familia peruana (grabado de Poma de Ayala)



Antonio de Mendoza, virrey de Perú

Reunión de la audiencia real (grabado de Poma de Ayala)

dores, doctrineros y, sobre todo, a los concienzudos extirpadores de idolatrías.

Fue algo más que un choque de culturas, fue un relevo en el orden de los valores, la imposición de un sistema foráneo, aprovechando estructuras anteriores alteradas, en la mayor parte de los casos, por ignorancia de sus verdaderas funciones.

Ya no era el trueque de espejos, cascabeles y cuentas de vidrio por bienes escasos de alto valor para el europeo, como había ocurrido en otras regiones del espacio americano; ahora se trataba de un extenso imperio compuesto por amplios espacios difíciles de controlar, ricos en extremo si se aseguraba mano de obra, organizado políticamente y gobernado con un sistema tan complejo y eficaz como el europeo.

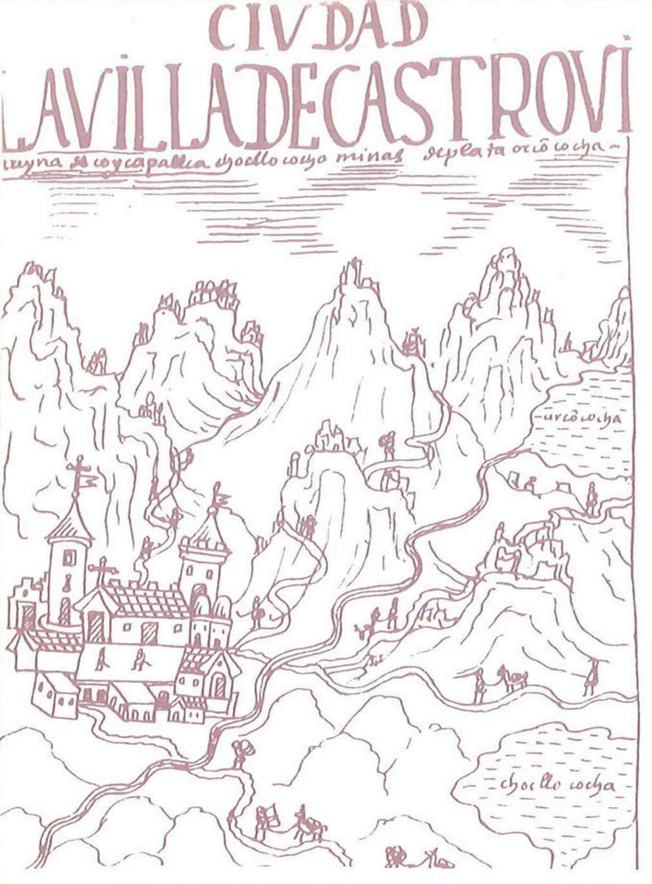
Estas circunstancias obligaron a un diálogo, a unas alianzas, concesiones y reconocimientos que iban desde los *ayllus* —base de las comunidades—, los señoríos y sus *curacas,* a la nobleza que llamaron *orejones* y los monarcas y sus descendientes.

En cualquier caso, y evitando juicios de valor innecesarios, tras la conquista comienza un proceso irreversible de transformaciones profundas que si en un principio es forzado e impuesto, acabará generando una dinámica propia y caracterizando a una sociedad.

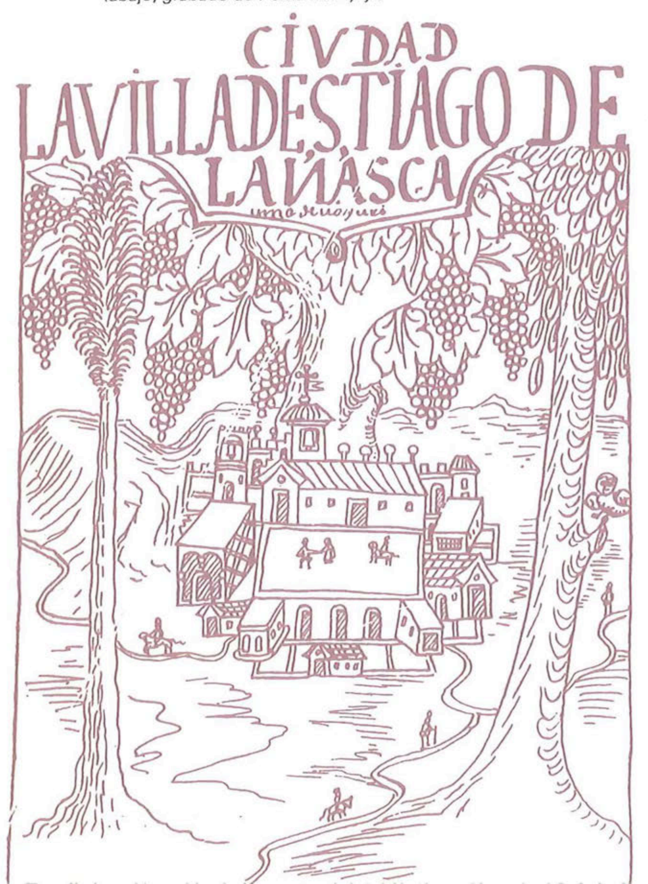
Esta, desde su más remoto pasado, contaba con una imagen de homogeneidad absolutamente inexacta y falsa, con un aparente *monolitismo* que no era otra cosa que la imposición de pautas por un grupo dominante.

Sociología de la conquista

Por ello, en la primera ocasión que le brindó la historia intentó el cambio profundo valiéndose



Minas de plata de Castrovirreina (arriba). *Santiago de la Nasca* (abajo, *grabado de Poma de Ayaja)*



de la aparente aceptación de algunas normas y tratando de revitalizar, con más o menos éxito y apariencia, las aletargadas tradiciones, objeto constante de reivindicaciones, tanto durante la dominación *inca* como durante la hispánica.

Lejos de nuestra intención pormenorizar el largo y violento proceso de la conquista del Perú, de la que se da al lector cumplida cuenta en páginas anteriores; pero tampoco está de más la reflexión sobre alguna de las peculiaridades que concurrieron en ella.

Es sobradamente conocido el estado de descomposición en que se encontraba el llamado *imperio incaico,* el Tahuantinsuyu; la situación de guerra civil y el descontento general que reinaba en una sociedad metódica y disciplinada, pero exigente y conocedora de la fuerza de sus pactos.

En semejante situación se produce la llegada de los españoles, hombres extraños y poderosos, de temible aspecto, que catalizan la ansiada posibilidad de cambio.

La consecuencia será la alianza, al igual que había ocurrido en otros territorios americanos. Contarán desde entonces los españoles con el apoyo de *chancas, chachapoyas, huancas, cañaris* y un crecido número de etnias que tradicionalmente se habían opuesto al dominio incaico.

La conquista, que en sí misma es consecuencia de un hecho militar, donde cuentan las estrategias, las huestes o ejércitos y las batallas, tendrá un origen marcadamente político y en ningún caso se puede entender como acción aislada de un reducido grupo de españoles, sin conocimientos del territorio en que operaban, carentes de bastimentos y sometidos a unas condiciones difícilmente superables aún en nuestros días.

Este carácter político, implícito en la conquista, explica su desarrollo y evidencia el estado de crisis interna de todo el sistema andino.

Esto, lejos de desmerecer la importancia de la conquista, indica un sentido de la oportunidad y una capacidad de decisión poco valoradas en comparación con los tópicos de la expansión o los juicios de valor que continuamente han marcado las conductas de los protagonistas de dicho período de la historia del Perú.

El proceso desencadenado en 1532 nada tiene de simple, pero trataremos de sistematizar en síntesis sus puntos clave a partir de las consecuencias registradas por la historia, sin la pretensión utópica de agotar el tema y con la intención de marcar derroteros para reflexionar sobre el mismo.

Hacia una nueva sociedad

La gestión política tuvo como efecto inmediato el apoyo militar, la participación de masas aborígenes en la conquista, situación repetida a lo largo de la colonia y mantenida hasta las luchas por la independencia en el siglo pasado. Se

reconoció autoridad en el rey y por defenderla se enfrentaron a españoles poco respetuosos en sus actuaciones.

No faltaron por ambas partes deseos de un gobierno autóctono, pero dirigido, y en 1537 se crea el llamado estado *neo-inca,* de azarosa existencia, que acabó violentamente aplastado en Vilcabamba y con la ejecución pública de Tupac Amaru, en 1572.

Tras estos hechos se inició una nueva etapa de organización política, a partir de figuras secundarias, pero efectivas, los señores étnicos, los *curacas,* como protagonistas, a la vez gobernadores y agentes del cambio, para el control requerido por las autoridades españolas.

La estructura dual *—república de españoles* y *república de indios—* implicaba la aceptación, más o menos afortunada, de pautas autóctonas en aras de la funcionalidad del sistema general y la presencia delegada del nuevo estado en la vida comunal.

En el orden económico, los cambios fueron igualmente profundos. El primero consistió en el paso violento de un sistema complejo, basado en la autosuficiencia, a otro mercantilista, con la consiguiente inserción en un orden económico supracontinental, mundo tan exigente y desconocido como poco atractivo para el hombre andino.

El anterior sistema, fundado en la reciprocidad inherente a toda prestación, disponía de tierras en lugares muy alejados, *archipiélagos ecológicos,* de las que obtenían la mayor parte de los productos necesarios. A los que se añadían los conseguidos por el trueque y los recibidos del poder central a cambio de excedentes y prestaciones.

Ahora la producción se orientó según la demanda exterior y se generó un sistema paralelo de uso interno, basado en la explotación de las minas primero en Potosí y algo después en Huancavelica, para satisfacer las necesidades de mano de obra, servicios e infraestructura y los abastecimientos necesarios para obtener la citada producción.

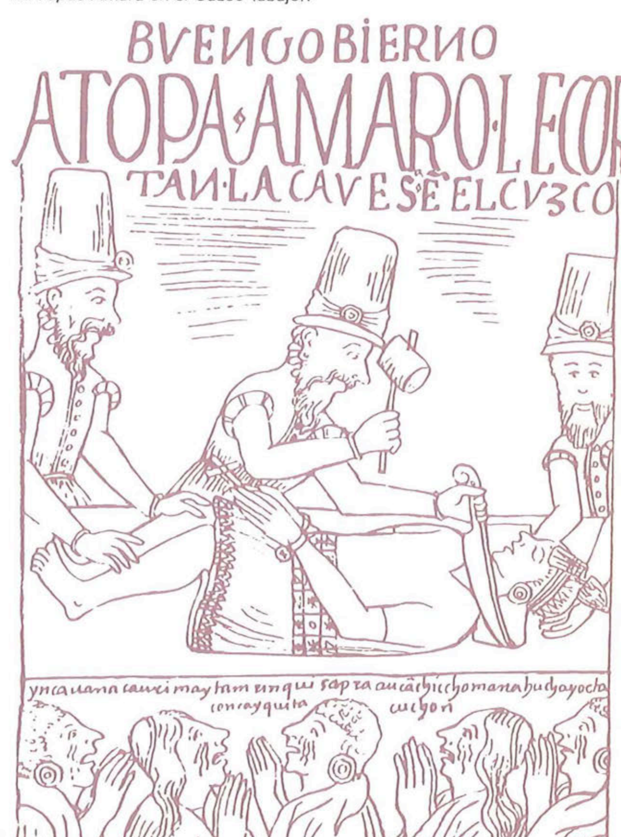
Otro tanto ocurrió con la explotación de la tierra y la ganadería, apelándose en todos los casos a la institución autóctona de la *mita* o servicio personal, forma de tributo remunerado propio de una economía no monetaria como eran los sistemas imperantes en las sociedades andinas prehispánicas en su generalidad.

Con los cambios producidos, el desmantelamiento de la organización social —o desestructuración como lo han llamado algunos estudiosos del tema— fue inmediato y la aceptación de normas y aún de usos externos, de elementos no siempre funcionales, acabó siendo criterio de diferenciación social dentro de una escuela donde el componente étnico era determinante y llevaba aparejada la consideración social correspondiente, con las ventajas e inconvenientes de la estructura de *castas.*

Agobiada la población, con casi un siglo de



Fraile franciscano dando una limosna a un pobre (arriba). *Muerte de Tupac Amaru en el Cuzco* (abajo).



tendencia decreciente, se produce el brutal descenso demográfico que la reduce a un tercio en pocos años, a causa de guerras, epidemias y cambios de todo tipo.

El fomento inmigratorio y la aportación negra contribuyen en cierta manera a una recuperación —multiétnica— manifiesta en el siglo XVII. Cualitativamente, el proceso de mestizaje biológico complicó la escala social, y años después de la conquista adquirió entidad e importancia crecientes.

No faltan opiniones negativas con respecto al mestizaje, considerado como un imprevisto y su consecuencia, el mestizo, mirado con desconfianza por indios y criollos y despreciado por los peninsulares.

Una etapa decisiva

A los doce años de iniciada la conquista, Lima recibe en la persona de Blasco Núñez Vela al primer virrey del Perú, a quien toca gobernar una tierra desconocida en una época turbulenta, de continuos enfrentamientos y rebeldías, que sofocó el marqués de Cañete. Será el virrey la máxima figura responsable del gobierno y una de las más características instituciones llevadas a América.

Con el virrey Toledo —el contrapeso sereno, eficiente y minucioso al modo de ser del conquistador, forzado a la decisión rápida— llega el más serio intento organizativo del Perú; se implantan definitivamente las instituciones de corte europeo que adaptadas a la realidad del virreinato marcarán su desarrollo futuro.

Fruto de su experiencia y de la recibida de los primeros *baquianos,* comenzó por informarse y valorar el pasado autóctono, en datos y fuentes no siempre fiables ni exactas, y después trazó las líneas básicas para la administración de tan extenso imperio.

A modo de ejemplo citaremos las *reducciones,* pueblos de indios origen de las *comunicaciones,* aunque ignorando la esencia del *ayllu* —que había funcionado como mecanismo social de usufructo y explotación de la tierra—, con una organización basada en la modificación de la figura del *curaca* y una simplificación de la *república de indios* dividida en *mandones* y *tributarios.*

Con las *reducciones* se obligó a la sedentarización del indígena, sin tener en cuenta la estructura comunal anterior con tierras en la costa, sierra y montaña, que reivindicarían los *curacas* durante toda la época colonial.

El control se ejerció a través de las *reducciones* y de la *tasa,* que fijaba tributarios y monto del tributo. Con la obligación de tributar en metálico se fomentó la necesaria circulación de la moneda, con lo que la Corona percibía rentas por acuñación, a la vez que de forma indirecta para conseguir esa moneda se llevaba al indígena al trabajo *asalariado* asegurando al encomendero la mano de obra.

Con la reorganización de la *mita* se aprovechó la costumbre y obligación del tributo en trabajo personal, categorizándose aquélla según la especialidad: de *plaza,* de *tambos,* de *obrajes,* de *minas, pongos, yanacunas* y hasta casi veinte modalidades diferentes.

Reorganizada la *mita,* la *encomienda* da paso al *corregimiento* y del beneficio de particulares se pasó al de funcionarios, siempre en detrimento de los intereses de la Corona.

Igualmente se fundamenta en esta época la organización religiosa, pues la contraprestación evangelizadora sería la justificación de la conquista y en su realización práctica está implicado el propio rey.

Con la gestión burocrática de Francisco de Toledo quedaría instrumentalizada en su esencia la organización del virreinato peruano y ella se basará, con matizaciones impuestas por las circunstancias, la vida administrativa colonial en el dilatado período que llega a la creación borbónica del régimen de Intendencia en el siglo XVIII individualiza la política indiana en general en las dos dinastías.

Aspectos concretos

Con la dominación española del Perú se impuso un modelo administrativo centralizado de carácter metropolitano que trasplantó, como en otras regiones conquistadas, sus propias instituciones, burocracia y el funcionariado por ellas requerido.

El rey sustituía al soberano *inca* y su representante directo era el virrey —con mandato limitado en el tiempo y sometido, como los demás funcionarios, al *juicio de residencia* una vez cesado en el cargo— máxima autoridad, gobernador, capitán general y presidente nato de la Audiencia, únicamente por debajo de la autoridad del rey y del Consejo de Indias.

La administración de justicia se realizaba en la Audiencia y la administración local por los cabildos —compuestos de alcaldes y regidores—, a los que se añadían los corregidores para el gobierno de naturales que a su vez contaban con autoridades indígenas para su propia administración.

A pesar del espíritu de las leyes y los buenos deseos de los monarcas, las dos *repúblicas,* españoles e indios, siempre estuvieron sobrepuestas, vivieron separadas, sin entendimiento mutuo y con desconocimiento, cuando no desprecio, de ambas visiones del mundo.

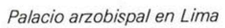
Uno de los principales aspectos a considerar es el relativo a la propiedad de la tierra, de carácter comunal y usufructo familiar en los *ayllus,* con espacios reservados al soberano *inca* y al Sol.

Tras la conquista, las tierras pasarán al rey,



Monumento a Pizarro en Lima

Iglesia de la Compañía en Cuzco



Palacio arzobispal en Lima

Cuzco, ciudad virreinal

El 24 de abril de 1540, una real cédula del emperador Carlos declaraba a Cuzco, antigua capital del Imperio inca, *Gran Ciudad y Cabeza de los Reinos del Perú.* Al mismo tiempo se le otorgaba un escudo de armas coronado. Era



Cuzco según grabado del Civitates orbis terrarum, *finales del siglo XVI*

la plasmación de la predilección que la Monarquía española mantenía con respecto a la monumental población. Ya los conquistadores habían quedado deslumbrados ante las grandes riquezas que atesoraba la ciudad. Esta contaba ya por entonces con un trazado urbano muy avanzado, dotado de los servicios necesarios, que ninguna población española poseía.

Sin embargo, las nuevas autoridades trasladarían la capitalidad del Virreinato a Lima, situada cerca de la costa y por tanto mejor comunicada con la metrópoli y con el resto de las colonias. Sin embargo, Cuzco se mantendría como centro favorito de referencia, a pesar de los negativos efectos que toda la evolución inmediata tuvo para ella: saqueos, violencias entre Pizarro y Almagro, abandono de población, etcétera. Dada su importancia, fue en varias ocasiones objetivo a conquistar por los incas que se negaban a admitir la dominación hispana.

En mayo de 1787, Carlos III le concedía una Audiencia que podía decidir sobre los asuntos planteados por la población indígena. La ciudad recibía así una justa recompensa por la importancia que seguía manteniendo dentro del conjunto de la América meridional. Para entonces, Cuzco había erigido ya sus espléndidas construcciones religiosas, en su mayor parte sufragadas con donativos recibidos de particulares. Universidad, milicia e instituciones municipales, a imagen de las peninsulares, funcionaron a la perfección en el Cuzco colonial, que en la mente de los naturales del país seguiría siendo la verdadera capital del Perú.

Durante el período colonial, el conjunto social cuzqueño estaba determinado por la nobleza y los eclesiásticos. La primera era de reducido número, mientras que los segundos eran abundantes. Por debajo, aparecían unos niveles medios de colinizadores, que se situaban en posición más privilegiada que los mestizos dedicados a las labores artesanales. En la parte inferior de este conjunto se situaba la extensa población indígena, mayoritaria sobre el total, que desempeñaba las tareas agrarias en la comarca y aquellas más penosas existentes dentro de la ciudad. Así, Cuzco reproducía de esta forma de manera perfecta el esquema social de las colonias españolas en América.

que las concederá en *encomienda* como premio a los servicios; establecidas las *reducciones*, las restantes del reparto pasaron a la Corona. De ellas y de las restituidas a las comunidades en las *reducciones* serán frecuentes las usurpaciones por particulares, posteriormente legalizadas mediante las *composiciones*, con la admisión mediante el pago estipulado de la propiedad de las tierras ocupadas.

El indígena, aunque no aceptó totalmente el consumo de productos introducidos por los españoles, lo hizo con algunos de ellos —por ejemplo, el aguardiente de caña, el caballo, el hierro y ciertos elementos de vestido. Pero el vino no desplazó el consumo de la *chicha.*

La producción estará dirigida por los españoles y la demanda se centrará en productos para su consumo: vid, trigo, cebada, aves de Castilla y huevos, caballos, cerdos, ovejas y cabras, así como sus derivados. Los productos locales tendrán por objeto el consumo indígena y sólo en pequeña proporción, más impuesta que adquirida, los consumirán los españoles, aunque sí los comercialicen.

En el Perú se dará el predominio urbano, se fundarán ciudades sobre centros indígenas, co-

mo Cuzco o Cajamarca, y, en ocasiones, de nueva planta, como Lima o Huamanga, que fueron centros comerciales receptores de mercancías y cabezas administrativas. Sólo en el caso de grandes riquezas mineras —Potosí o Huancavelica— adquirieron importancia por su producción.

Aunque aprovechada la infraestructura incaica, tras la conquista se reorganiza el territorio y la red urbana estará en función de la actividad mercantil.

Estabilizada la sociedad, en principio dual: de españoles e indios, pronto se darán los elementos intermedios: criollos, mestizos, negros y mulatos, con las tensiones propias de los grupos étnicos entre sí, las especializaciones y las distintas capacidades de adaptación.

Como en el resto de las Indias, en el Perú, en virtud del Regio Patronato, correspondía al rey el control y administración de la acción y bienes de la Iglesia, en orden al adoctrinamiento de los indígenas; por ello debía proporcionar los elementos necesarios y el clero formaba parte del funcionariado.

A la atención espiritual de los españoles, adoctrinamiento de los indígenas, acción misional y control social, hay que añadir la labor educativa y la aportación cultural de la Iglesia en el Perú.

Consideraciones finales

Tres aspectos a señalar; en primer lugar, el fenómeno religioso marcado por la resistencia al cambio, propia de las sociedades tradicionales. Junto al esfuerzo por combatir la idolatría, el sincretismo en la reelaboración de calendarios, fiestas y divinidades —Santiago Matamoros será Santiago Mataindios, el Corpus servirá para celebrar el Inti Raimi o fiesta del Sol— que, por las peculiaridades de las religiones andinas de carácter animista, dificultaban su represión cuando no conseguían un efecto contrario al deseado, por ejemplo con la frecuente superposición de templos hecha por los españoles.

El uso del castellano siempre fue muy limitado y aún en nuestros días en el medio rural serrano es de escaso empleo; las dos lenguas más generalizadas, quechua y aymara, fueron aprendidas por el clero para evangelizar, pero la educación en castellano sólo llegó a *curacas* y principales o sus descendientes.

Quizá el reflejo más evidente del mestizaje, del proceso de aculturación desencadenado con la conquista y aún vivo, se encuentre en las creaciones artísticas. La arquitectura religiosa, con la incorporación de espacios abiertos —la plaza o atrio—, las capillas abiertas y los múltiples elementos decorativos realizados en su mayoría por manos indígenas. La pintura y escultura, con la incorporación de ropajes, flora y fauna, al igual que en las llamadas artes menores en las que se funden elementos de ambas culturas integrados en conjuntos irreconocibles fuera de contexto y que aisladamente son irreconciliables.

Cambios irreversibles

Algo semejante ocurre con la literatura y con la propia historia escrita por mestizos. Baste recordar en este sentido las figuras del cronista indígena Felipe Guzmán Poma de Ayala, aglutinador de pasajes trasliterados en lengua quechua con la prosa castellana y prolijo en la ilustración, y la del inca Garcilaso de la Vega, reivindicando con el recuerdo el pasado glorioso del imperio de los *incas*.

Finalmente, señalemos las etapas que componen la visión historiográfica de la conquista del Perú. Comenzó siendo pura historia militar de la expansión española, a la que se unía la descripción geográfica y etnológica de los pueblos autóctonos; pasó a ser una historia de España en el Perú, con la común característica de la mentalidad etnocéntrica europeísta. Ultimamente, con un conocimiento más preciso del pasado indígena, se ha querido equilibrar la balanza en las *visiones de los vencidos* que con metodología etnohistórica presentan la otra cara de la conquista y sus efectos en la apreciación de los contemporáneos.

Con la llegada de los primeros españoles al Tahuantinsuyu se inició un proceso irreversible que, a partir de un nombre ficticio, incorporó al mundo conocido, con identidad propia, el fabuloso imperio base de la multiétnica nación peruana, cuyo recuerdo heredado de siglos permanece en los Andes.

Bibliografía

Bennassar, B., *La América española y la América portuguesa,* Madrid, Akal, 1980. Céspedes del Castillo, G., *América hispánica,* Barcelona, Labor, 1983. Chaunu, P., *La España de Carlos V,* Barcelona, Península, 1976. Chudoba, B., *España y el Imperio,* Madrid, Cultura Hispánica, 1963. Descolá, J., *Los conquistadores del Imperio español,* Barcelona, Juventud, 1957. Elliot, J. H., *La España imperial,* Barcelona, Vicens Vives, 1980. Id., *El Viejo Mundo y el Nuevo,* Madrid, Alianza, 1972. Grimberg, C., *Descubrimientos y reformas,* Barcelona, Daimón, 1984. Mahn-Lot, M., *Una aproximación histórica a la conquista de la América española,* Barcelona, Oikos-Tau, 1977. Morales Padrón, F., *Los conquistadores de América,* Madrid, Espasa-Calpe, 1974. Id., *Historia del descubrimiento y conquista de América,* Madrid, Editora Nacional, 1981. Parry, J. H., *La época de los descubrimientos geográficos,* Madrid, Guadarrama, 1964. Sánchez, L. A., *América precolombina. Descubrimientos y colonización,* Madrid, Edaf, 1975. Sánchez Barba, M. H., *Historia de América,* Madrid, Alhambra, 1981. Sejourné, L., *América Latina,* Madrid, Siglo XXI, 1983. Zavala, S. A., *La filosofía política en la conquista de América,* México, FCE, 1972.